Un niño en cuatriciclo y la muerte impensada: “Lo agradezco, aunque crean que estoy loca”

Lo primero fue el contraste, como venir paseando por un bosque perfumado de eucaliptus y caer, repentinamente, por un precipicio. Fue el contraste porque cuando el teléfono sonó Lucía estaba en **Bariloche**, el lugar en el que siempre había soñado vivir. Era domingo y estaba durmiendo la siesta pegada su bebé, que todavía tomaba la teta.

“Me lo dijeron como en cuotas, que es algo que hoy agradezco, aunque sé que no hay una manera fácil de comunicar una noticia así”, dice Lucía Ymaz a **Infobae** cuatro años y medio después de aquella tarde calurosa de enero.

Franco Catanzaro tenía 7 años cuando murió

Franco y Delfina, los dos hijos que había tenido con su ex marido, se habían ido de vacaciones a la casa de su papá en Costa Esmeralda y, del otro lado del teléfono, la tía de los chicos decía dos frases que hoy resuenan como el eco de la caída al **abismo**.

“Lucía, hubo un accidente”, fue la primera. “Es Franco, está muy mal”.

Franco era el menor, tenía **7 años**. Un rato después el teléfono volvió a sonar. La voz, esta vez, era la de la abuela del nene. “Y nada, es como que una escucha la angustia en la voz y ya sabe”, sigue Lucía. Franco o “Franquito”, como le decían, había muerto camino al hospital.

Lucía no recuerda con nitidez qué pasó después, pero sí el sonido de sus **gritos**, su llanto. No cayó al suelo de rodillas como en las películas: aunque sabía que ya no había nada que hacer, su desesperación por conseguir un pasaje de avión para llegar a Pinamar la mantuvo operativa. **“Quiero estar con mi hijo”**, ese era su único pensamiento.

Franco junto a Nacho, el bebé que tomaba la teta cuando el teléfono sonó

Lo que sigue es la historia de una mujer que tenía 35 años cuando le tocó atravesar la muerte menos pensada, la que no tiene nombre: no sólo la de un hijo, sino la de un hijo sano y chiquito. La historia de una mujer que, en vez de esquivarlo, se metió en el duelo, cayó en un pozo del que pensó que jamás iba a salir y hoy dice dos cosas que parecen imposibles.

“Pude encontrarle el sentido a la muerte de mi hijo”, es una. La otra es “no hubiera

elegido lo que pasó, pero lo agradezco, aunque crean que estoy loca”.

Un niño en cuatriciclo

“Pude encontrarle el sentido a la muerte de mi hijo”, dice Lucía ahora

Lucía, su pareja y Nacho, el bebé de un año y un mes que tomaba la teta en aquella siesta, aterrizaron en Buenos Aires de noche y manejaron 360 kilómetros hasta Pinamar. Llegaron a las 5 de la mañana, en plena temporada de verano, mientras los jóvenes volvían de bailar: **el mundo de Lucía se había detenido, el del resto no.**

Era **21 de enero de 2018** y el accidente no sólo estaba en boca de todo el balneario sino en todos los medios nacionales: otra vez, como cada verano, alguien había muerto en Pinamar en un cuatriciclo. El tema es que esta vez se trataba de un niño.

El Yamaha 90cc. de Franco Catanzaro.

Se supone, porque aún no está del todo claro, que Franco Catanzaro había estado circulando con su **cuatriciclo Yamaha 90 CC** por una olla entre los médanos. “Estaba con un amiguito, frenaron y se quedaron en la parte baja de un médano. En ese momento otra persona que venía a mucha velocidad saltó el médano y le cayó con el cuatriciclo encima”, dice y suspira.

“Fue todo un tema, yo eché **responsabilidades y culpas** para todos lados”, cuenta ahora. “Por un lado estaba la de ese joven de 23 años que iba a toda velocidad y saltó el médano, una locura. Pero fue todo un tema también porque yo no sabía que mi hijo tenía un cuatriciclo en la casa de su papá. Franco tenía 7 años, por supuesto que yo no habría estado de acuerdo”, sigue.

El cuatriciclo de Agustín Ciari

Llegaron a **Pinamar** y fueron directo al hospital. “Yo quería verlo, se ve que en algún lado había leído que **verlo podía colaborar con el duelo**, verlo para no negar después lo que había pasado, pero la verdad es que no era algo racional sino como un impulso, algo en el cuerpo que me decía ‘quiero estar con él’”.

Como la muerte en Occidente sigue siendo un tema **tabú**, mucho más cuando se trata de la muerte de un niño, no había nadie en el hospital esperando a la mamá para contenerla.

“Pensé que iba a entrar a una habitación del hospital, la fantasía o la negación, no sé. Pero Franco estaba en la morgue, así que eso fue un impacto espantoso”. Habla del dolor, del espanto pero también de “belleza”, una palabra que no suele estar asociada con la muerte.

“Fue muy duro pero igual estaba hermoso, lo vi más lindo que nunca. Tenía una cara de paz y de plenitud…eso que dicen que pasa cuando las personas parten”.

Agustín Ciari y el cuatri del nene

Agustín Ciari, el conductor del cuatriciclo que lo embistió, fue acusado de **“homicidio culposo”,** está libre y se cree que recién el año próximo podría haber novedades del juicio.

De todos modos, Lucía no tuvo resto emocional para ocuparse de eso. Tuvo que enterrar a su hijo ahí, a 1500 kilómetros de su casa, de sus juguetes, pero enseguida entendió que tenía dos caminos: o acomodarse en el lugar de víctima y hundirse en soledad o pedir ayuda y meterse con el cuerpo y con el alma en el duelo.

Lucía junto a Delfina y Franco, los dos hijos de su primer matrimonio

“Dale, que tenés otros hijos”

Lucía se dio cuenta en el supermercado, apenas volvió a Bariloche, de lo inabordable que resultaba para el resto la muerte de un hijo. “Acá nos conocemos todos, la gente me veía, se daba media vuelta y se iba. No solo porque no sabían qué decir. Se crea una sensación… como si fueras un fantasma que vas a contagiar la muerte a sus hijos”.

Para ese entonces, sin embargo, ya había dado un paso para sumergirse en el duelo, porque desde Pinamar le había pedido a sus amigas una **ayuda** concreta: que le buscaran ayuda psicológica y psiquiátrica para su regreso.

Con Franco, cuando era bebé

“A veces la gente se aleja porque no sabe qué decir. Y mis amigas, en vez de decir frases hechas, se pusieron operativas, eso ayuda mucho a una persona en duelo. Consiguieron psicóloga y psiquiatra, pidieron turnos y me llevaban y me traían, porque yo no podía manejar, iban al supermercado y me compraban comida, se ofrecían para cuidar al bebé”.

Lucía cuenta que eso la ayudó y también enumera qué, por lo general, no ayuda:

“Esas frases hechas que te decía. ‘Esto va a pasar’, ‘vas a estar bien’, ‘el tiempo cura todo’, ‘cualquier cosa que necesites me llamás’, ‘tenés otros hijos’, ‘tenés que estar fuerte por tu familia’. No sirven porque vos no podés más y encima te cargan con la obligación de tener que estar bien”.

Delfina, Franco y el pequeño Nacho en Bariloche, donde vivían

Mientras estaba en el **epicentro** del dolor también tomó nota de otro detalle: “Con la psicóloga tengo una ambivalencia, porque me ayudó mucho pero también me apuró mucho. Yo sentí que me quiso sacar muy rápido de ese lugar, y creo que eso es parte de la cultura anti-dolor en la que vivimos, en la que parece que el dolor no está permitido. Hay que salir y hay que salir rápido”.

La tristeza era tan inmensa que Luía probó de todo: hizo reiki, buscó un médium para conectar con Franco y saber si estaba bien, tomó ansiolíticos recetados para poder

dormir, se apoyó en una espiritualidad que no sabía que tenía.

Una foto que se tomaron en un ritual de despedida, cuando Franco ya había fallecido

Entrar para poder salir

“Hay una frase que dice que para salir del duelo primero hay que entrar. No todo el mundo puede ni quiere hacerlo”, sigue ella. “Yo aprendí a no juzgar, por ejemplo, a una

mamá que intenta **suicidarse** después de la muerte de un hijo, porque de verdad hay un momento en el que uno se siente en el fondo de un pozo, completamente ahogado, y piensa que nunca vas a salir de ahí".

La referencia es, precisamente, porque la semana pasada la mamá de **Agostina Trigo**, la chica de 22 años asesinada a puñaladas y golpes en Mendoza, sufrió una crisis de nervios y se tiró abajo de un micro.

Agostina Trigo

"Yo sabía que si miraba para otro lado, si regalaba la ropa y los juguetes de Franco y escondía sus fotos, no iba a salir más. Así que entrar al duelo y buscar la forma de salir fue una elección, una forma de honrar la vida de mi hijo, fue decir 'no voy a dejar que esto me arruine', aunque sé que hay una parte mía que se fue con él y nunca más va a volver".

En su proceso hubo enojo, odio, bronca, contra todo, contra todos y, sobre todo, un dolor indescriptible. "Lo que afortunadamente no hubo fue culpa, porque Franco no estaba conmigo en ese momento. La culpa, lo sé, es una de las cosas más jodidas que tiene un proceso de duelo".

Hubo de todo hasta que, en un momento, algo pasó: “No sé si lo puedo terminar de describir racionalmente pero en un momento empieza a entrar como **una lucecita**. De repente, algo te hace reír, empezás a conectar de nuevo con la vida”.

Los tres hermanos juntos, antes del duelo que partió sus vidas al medio

La lógica es que, después de la muerte de un hijo, uno quiera **huir** de cualquier situación capaz de revivir el dolor. Que lo último que haría, por ejemplo, es estar en contacto con otros padres que hubieran pasado por lo mismo. Dos años después de la muerte de Franco, sin embargo, Lucía empezó a formarse como terapeuta especializada en duelos.

“Es algo que me preguntan constantemente, cómo yo, que pasé por la muerte de un hijo, me puedo dedicar a esto. Nadie lo termina de entender”. Es que a ella **no se lo habían contado**: había estado ahí. Había visto todo lo que fallaba y todo lo que hacía bien. Que

la muerte de un hijo era un tema con el que cualquiera podía empatizar pero sólo alguien que lo había sufrido podía comprender.

Lucía Ymaz tiene ahora 40 años

Lucía había encontrado **una flor en un pantano**. “Es que lo que pasó me **transformó** por completo, me enseñó otra forma de ver la vida y me enseñó a amar desde otro lugar. Eso es lo que agradezco de haber pasado por esta situación, aunque crean que estoy loca. Obviamente no la hubiera elegido, pero sí puedo ver lo que me dejó”.

¿Otra forma de amar? “Si. A convertir el amor incondicional que se le tiene a un hijo en vida en un **amor eterno**, saber que físicamente no va a estar más pero ese vínculo no va a morir nunca”.

La otra cosa que agradece es haber podido encontrar un sentido en la muerte de Franco.

“Me pasó cuando logré pasar del por qué al para qué, una transición súper difícil. Encontré el sentido cuando dije ‘tengo que hacer algo con todo este bagaje, con todo esto que nos pasa a las familias en duelo, quiero acompañar no desde afuera sino habiendo tenido esta experiencia’. Muchas veces me duele, lloro con ellos, a veces me quedo cargada pero yo sigo **sanando**”.

Un mes antes de su muerte

Aquellos hilos de luz cálida que fueron apareciendo cuando Lucía braceaba para no hundirse en el dolor tienen hoy formas concretas. Una es **Catalina**, la nena que nació dos años y medio después de la muerte de Franco.

La otra es ese cuadro que armaron en un **ritual** familiar y colgaron en la pared de casa, en Bariloche. El cuadro tiene siete fotos de Franco, una por cada año de su vida. Es para ella y también para el resto de la familia, una manera de que el nene no sea una sombra sino parte de la historia de sus vidas.

Fuente y Fotos: Infobae